

## CAPITULO VII.

PROSIGVE EL B. BERNARDINO su Predicacion Apostolica, sembrando en todas partes exemplos, y doctrinas, con successos, y frutos admirables.

**N**Otable virtud la del verdadero Amor; pues convierte en descanfo la tarea, y en delicia, la penalidad. Fatigabase el B. Bernardino, quando acabado el tiempo de predicar, ó de otro empleo de caridad del proximo, le faltaba materia, para hazer algun obsequio à Dios, en beneficio de las almas. Por esto, concluidos los Sermones Quadragesimales en Regio-Lepido, se fue à Padua, à explicar à los Religiosos Jovenes las Teologias Moral, y Mystica, para el acertado exercicio del confessorio: y los dias de fiesta hazia platicas espirituales, à puerta cerrada, en los Monasterios de las Religiosas, à quienes estimaba mucho por el titulo de esposas de Christo, como adelante verémos. En estas platicas alumbraba à aquellos sencillos espiritus de muchos peligros, en que su sinceridad, por falta de luz, suele caer: y las encendia en vivos deseos de entregarse todas, sin reserva, al comercio purísimo de las finezas, y correspondencias de su vnico Celestial Esposo. En estos exercicios de caridad se empleò lo restante de aquel año, hasta que llegó el Adviento; en que à ruegos del señor Obispo, y Canonigos, predicò Missones en la Catedral, con vniversal enmienda de las costumbres. De estos frutos alcanzò mucha parte à nuestros Religiosos: principalmente à los Conventuales, por averles el Santo manifestado privadamente en vna platica espiritual (que tambien las hazia à puerta cerrada en todos los Conventos de Religiosos) la formidable vision, que tuvo en

vno de nueitros Conventos; y fue de esta manera. Retirose al Refectorio en el silencio de la noche, por aver juzgado aquel lugar mas a proposito que el Coro, y que la Iglesia, para vn exercicio espiritual: que avia determinado hazer. Mas apenas le comenzò, quando de repente el Refectorio, que citaba en tinieblas, se llenò de vna luz opaca, y melancolica; pero bastante à hazer ver, que ocupaban todas las mesas de el Religiosos de nuestra Orden, cruzadas las manos, caidas las cabezas, echados de capilla, y con semblantes, no solo tristes sino horrendos. Despues que se dexaron ver así, por vn breve rato, en que el Siervo de Dios estuvo atonito; vno de ellos, subido al pulpito, entonò con voz funcifisima, y tono lugubre, esta desconsolada clausula: *Ambitio, refectio, & murmuratio deduxerunt nos in tartara. La ambitio, el regalo nimio, y la murmuracion, nos llevaron à los profundos.* Dicho esto, desapareció la vision, quedando el Santo tan horrorizado de ella (en medio de que su conciencia de nada le reprehendia) que à no averle Dios confortado con la virtud de su gracia, huviera perdido la vida mil vezes, à manos del pavor. No nos hemos recatado de escribir abiertamente este formidable caso, que tanto conduce al escarmiento; porque los cuerdos saben, que las pasiones humanas siempre se quedan debaxo del Abito de qualquiera Religioso; que aunque es verdad que cada vna de las Ordenes Regulares, es en la practica de mortificar pasiones; y templo donde se deguelian, y sacrifican (como lo executan los mas; por cuya razon està el Cielo poblado de Santos, y Bienaventurados de todas las Religiones) con todo esto, vno, ò otro individuo (segun se viò en el Apostolado) no quiere llevar sus pasiones al sacrificio: con q̄ dexandolas vivas; como ellas son bestias, y fieras indómitas: viene à succeder, por vltimo, que rebeladas

Tom. 7.  
Annal. ad  
ann. 1476.  
n. 57.  
Et Chron.  
Antiq. Or.  
dinis.

con-

contra el dueño, que las acaricia, le matan, le despedazan, y le pierden.

Al año siguiente, de mil quatrocientos y setenta y siete predicò el B. Bernardino, con los frutos acostumbrados, en Puerto Gravario, los Sermones de Quaresma, à peticion del Obispo de Concordia; quien no dexò de oirle Sermon alguno; inculcando muchas vezes en credito del Siervo de Dios; que en él hablaba S. Bernardino de Sena. Lo restante del año predicò sin intermision, y siempre con mas crecidos intereses de las almas, en las mas capaces plazas de Tarvisio, Feltro, y Venecia. En esta Ciudad dexò vn grande argumento de la piedad, y reverencia, debida de los hijos à los padres; porque como el anciano Padre del Siervo de Dios asistiese à los mas de los Sermones de su hijo; este siempre que baxaba del pulpito, à vista de todo el auditorio, hincado de rodillas, y besando al anciano Padre la mano, no se apartaba de él, hasta que le diese la bendicion: exemplarísimo espectáculo, y sermon mudo, que à todos edificaba y enternecia.

Predicaba tambien por entonces en esta amp. ísima Ciudad de Venecia, en el Campo de S. Pablo, el anciano, y N. P. Fr. Miguèl de Carcano, gran Predicador Apostolico, y Religioso de nuestra Observancia: y como entre los Siervos de Dios no ay otra emulacion mas que la de aquellos mejores Carismas, à que exortaba el Apostol: persuadia à sus auditorios este V. Predicador, que asistiesen à los Sermones del B. Bernardino; diziendo: *Entre vosotros tenéis vn Bernardino parvulo; que es vn gran Predicador de Christo. Todo es alma; nada cuerpo: todo espíritu, nada carne: todo fuego, nada tierra: todo luz, nada humo. Oídle: oídle la voz del espíritu, que clama en el desierto de este mundo, para preparar los caminos del Cielo.* Verdad es que estas recomendacio-

Parte VII.

nes estaban demàs, para llevar los auditorios al Santo; porque como yà la fama, y experiencia de sus virtudes, y milagros le tenían tan recomendado; no avia alguno, que no sollicitase oirle: y fino lo conseguia, era, ò porque otros prevenian el lugar muy de antemano, ò porque no les dexaban libertad otros negocios vrgentes.

Hazian por estos tiempos las armadas de los Turcos fatales, y frequentes entradas en los Dominios Venecianos: y arbitrando el Senado medios de juntar caudales, para alistar tropas con que salir al opoito: resolviéron echarg vn vando, en que se concedian las casafas publicas de juego (que antes estaban prohibidas como perniciosísimas à las Republicas, è injuriosas à la Ley de Dios) con tal que los Arrendadores de ellas (que de ordinario solian serlo los Judios) contribuyessen al erario publico con vna buena suma de dinero. Escandecido el Santo à la voz de tan iniquo arbitrio (pues era no menos que poner en renta los pecados) sacò la cara contra el Senado; con espíritu tan vehemente, que hizo revolver el vando con otro opuesto.

En Venecia, recibida orden de su Vicario General, para que passasse à Padua à predicar la siguiente Quaresma, sollicitaron detenerle los Venecianos con el recurso al Papa, à fin de que le mandasse predicar en aquella Ciudad, que yà le tenia en possession. Pero el obediente Subdito, respondiendo, que su Prelado le mandaba partirse à Padua, y que no teniendo orden de esperar, debia ser puntual en la obediencia: se salió fugitivo en el silencio de la noche; sin que por esso se huviesse disminuido en los Venecianos su veneracion, à titulo de desayrados; antes bien se aumentò mucho, viendole tan puntualmente rendido al orden de su Prelado.

Este año de mil quatrocientos y setenta y ocho fue, quando succedió el

Aa 3

mi-

milagro de la preservacion de la peste, à los que acudian à los Sermones del B. Bernardino, como lo tenemos dicho en el capitulo quinto de este libro. En este contagio tuvo gran campo su caridad, en que esparcirse; porque como le huviesen hecho Guardian del Convento de aquella Ciudad, en el capitulo que se celebrò en Pavia: se sacrificò con su persona, Convento, y Subditos ( que todos, motivados de su exemplo, y santas persuasiones, libremente le siguieron ) al servicio, y consuelo temporal, y espiritual de los apeltados. Vilitabalos frequentemente, componiales la ropa de las camas, limpiaba los vasos inmundos, llevaba, y hazia que llevassen del Convento comida à los pobres: administraba à todos los Santos Sacramentos, y con fervorosas exortaciones los disponia à morir con resignacion. Las puertas del Convento ( que estaba extramuros de Padua ) jamàs se cerraron en tiempo de la fatalidad, para admitir benignamente à quantos se acogian à el repetidos de otras partes, por presumirlos tocados de la peste. Sabiendo esto el Magistrado, y temiendo que por esta franqueza del Guardian se hiziesse mas dificil el remedio en la Ciudad: le embiò recado, para que à ningun extranjero, y desconocido diese entrada en su Convento. Mas el Santo, igualmente lleno de caridad, y fortaleza, respondió: *Que al Magistrado tocaba solo cerrar las puertas de la Ciudad; no las de su Convento: y que à desvalidos, à quienes tenia Dios abiertas las puertas de su corazon, no podia, ni debia el cerrar las de su caridad.* Con respuesta tan llena de espíritu; acompañada de la experiencia, de que los mgs que así llegaban al Convento, si iban tocados de peste, salian libres de ella con el contacto del Santo: quedó el Magistrado no menos edificado, que satisfecho.

En estos empleos se ocupò hasta

el año siguiente de setenta y nueve; que por disposicion de la obediencia, y sollicitud del Clero, y Magistrado: pasó à Tarvisio à predicar la Quaresma en la Iglesia Cathedral. Las conversiones, que aqui se vieron à la eficacia de su predicacion, son imponderables. Estaba hecha la Ciudad vna abominable sentina de todos los vicios: pero los que mas levantaban la cabeza, con vn genero de predominio que tenia à la Justicia supeditada, eran, la blasfemia, la profanidad, y desemboltura de las mugeres; y de aqui ( casi por consecuencia ) los publicos adulterios. Dexò, pues, el Siervo de Dios, como mejor Hercules embiado del Cielo, tan quebrantadas estas cabezas con la clava de peñadas amenazas, y conminacion de las Divinas iras: que no quedaron con fuerzas para bolver à levantarse. Y para que en adelante no boviesen à cobrar bríos, hizo que la Ciudad estableciesse leyes rigurosas contra los que perdido el temor à Dios, y à los hombres, delinquiesen en los referidos crímenes: y no salió de la Ciudad, sin que todas las mugeres, que hasta allí avian traído descubiertos los pechos casi hasta la cintura, entrassen en la nueva moda de vestir casacas, y justillos, cerrados hasta la garganta.

De Tarvisio, concluida la Quaresma haciendo beneficios, y sanando enfermos de los tocados de peste, que aun duraba por las poblaciones circunvecinas, pasó à sembrar el grano Evangelico, con vîras de frutos à manos llenas, en Belúno, Vincencia, y Brixia. Aqui principalmente llenò de confusion à Satanàs, descubriendole patentemente sus malas artes; con lo qual desterrò vna perjudicial, y sacrilega supersticion, que tenia embaducados à muchos simples. Finalmente, haciendo cara à la muerte, que le amenazaron en esta Ciudad de Brixia vnos perdidos hombres, comprendidos

en el infame vicio nefando, no quiso salir de ella, hasta dexar soterrado al mismo vicio, por medio de la Justicia publica; tan profundamente, que el mal olor de su corrupcion, ni aun de muy lexos, pudiera percibirse.

## CAPITULO VIII.

DE OTROS INSIGNES  
exemplos, y frutos de la predicacion del Beato Bernardino de Fel-  
tro.

Quella cara de pedernal, y diamante, que puso Dios à su Profeta, para predicar publicamente la verdad; y que, para el mismo fin, deben tener todos los Predicadores Apoitolicos: no le faltò al Beato Bernardino de Feltro: como se verá aora en el suceso siguiente; y después, en otros semejantes. Predicaba en Pavia la Quaresma del año de mil quatrocientos y ochenta, despues de aver hecho muy fructuosas Misiones en Bergomo: y para precaver la subversion de los Christianos idiotas por los Rabinos, y demás Judios de aquella Ciudad, de los cuales los mas eran muy ladinos, y astutos: confutaba, y confundia en el pulpito sus errores; con tan claros argumentos, y fuertes invecivas, que aun à los mas ciegos hazia ver de lleno la luz de las verdades Christianas, y à los mas helados encendia en odio de aquella abominable secta. De aqui resultò que los Judios, temerosos de que el Pueblo prorrumpliesse contra ellos en algun abierto motin, se quexassen del Santo Predicador al Duque de Milan, à quien contribuian sus intereses. Con esto el Duque, anteponiendo la razon del interes à la de Dios, embiò recado con personas de mucha cuenta, en to-

no de amenaza, al zeloso obrero de Christo, diziendole, dexasse estar en su ceguedad à los pertinaces, respecto de que hablaren este punto, era infructuoso, y podia ser en el Pueblo ocasion de algun sangriento tumulto. El Beato Bernardino entonces montando en ira santa, y fortaleza Christiana, respondió à los Mensageros, dixessen à su Amo, que la palabra de Divina no estaba atada, ni sujeta al imperio de algun hombre. *Que el error del Judaismo en todas partes, y en todos tiempos era, y debia ser, detestable; y mucho mas, quando por la nimia, è indiscreta familiaridad de los Christianos simples con los Judios astutos, se temia en aquellos palpable peligro de subversion.* *Que en este dictamen estaba, y esto haria, defendiendolo hasta la ultima gota de sangre, mientras Dios Nuestro Señor, è sus Prelados, à quienes solo debia obedecer, no le determinassen cosa en contrario: y ultimamente que no pensasse el Duque faltaba por esto al respeto de su soberania; pues no podia ignorar, siendo Catolico, que nunca fue desayre de la autoridad humana, verse pospuesta à la Divina.* A tan arestada, y santa respuesta no se atreviò à replicar el Duque; y el Santo, con mucho consuelo, y vtilidad de los Christianos, prosiguiò en los Sermones su tema, hasta la vltima consernacion de los Judios; concibiendo estos aora contra su vida el odio, que abortaron, y que diremos despues.

Por este mismo tiempo aviendo solicitado vna Señora de las Principales de la Ciudad, que el Beato Bernardino la visitasse, para comunicarle despacio; como el Siervo de Dios, para precaver igualmente el peligro de vanidad, y de sospecha menos pura, se escusasse, diziendo, que fuera del Confessionario no practicaba hablar con mugeres: le replicaron, parecia tocar esta capela en la raya de la supersticion, respecto de que ni Christo, ni sus Apol-

Apostoles se escusaron de hablar con muger. A la replica respondiò con agudeza santa diciendo: *Guardad esta replica para concluirme, quando me deis probado, que en la santidad soy Christo, d' Apostol suyo.* Con esto les tapò la boca, assegurò su humildad, refinò su pureza, y declinò la instancia.

Predicando tambien este mismo año en la Iglesia Catedral; quando iba mas engolfado en vno de sus discursos; se suspendiò de repente: y aviendo estado en esta suspension vn breve rato, al bolver de ella, dixo al auditorio: *Hagan todos la caridad de encomendar à Dios à mi Padre, que acaba de espirar aora en la Ciudad de Feltro mi Patria.* Observefe la hora; y despues de algunos dias se averiguò, aver muerto en Feltro el feliz Anciano, al mismo punto que lo avia declarado en Pavia su santo hijo.

Al año siguiente de ochenta y vno, por disposicion del Sumo Pontifice Sixto IV. el capitulo de la Provincia de San Antonio, celebrado en el Convento del Desierto, extramuros de Venecia, instituyò al Beato Bernardino Confesor del gravissimo, y celebre Monasterio de Religiosas Clarifas de Santa Cruz de la misma Ciudad, dandole por Compañero à Fray Pedro de Mantua, Varon mystico, y tambien Definidor, electo en aquel capitulo. Admitiò el Beato Bernardino el empleo, con el rendimiento mismo que toda su vida puso el ombro à qualquier peso de la obediencia. *Mas como algunos Padres no entrassen bien, en que se ocupasse en vn oficio, de suyo tan enfadoso, y peligroso; qual es, gobernar mugeres: satisfizo diciendo: No puedo negar lo enfadoso, y peligroso del oficio: pero ni tampoco lo meritario, y saludable. Y en la verdad, razon es que nos compadezcamos de las pobres Religiosas, que cerradas en la carcel de vna clausura, suelen à vezes perecer, por falta de Director. Y por*

*Improbantibus aliquibus huic suo di periculū, & rediosum feminarum gubernium, dixit, periculofum quidē esse, sed salutare: & compatiendum esse mihi solis sororibus, in carcere perennibus absque Ductore: no stroque aliqui incōmodo proximorum saluti debere procurari.*  
Vvading. t. 7. Annal. an. 1481. n. 11.

*ultimo, con alguna incomodidad propia; hemos de procurar la salvacion agena.*

Hizolo, pues, así con igual consuelo que aprovechamiento de aquellas puras almas: aunque no por esto pausò en la Apostolica tarea de sus Sermones; porque como tenia Compañero que substituyesse por èl en el Confessorio, no rehusaba el Pontifice ocuparle en el fructuosissimo empleo de la Predicacion santa; segun, que con apretadas vrgencias se lo suplicaban las Ciudades. En virtud de esto, el Beato Bernardino hizo Misiones este mismo año antes de la Quaresma, y siempre con mas crecidos frutos, en Tarviùo, Feltro, Vincencia, y Verona: de donde bolviò à Venecia à predicar la Quaresma por especial mandato del mismo Papa, que lo determinò así, à instancias del Gran Dux, y Senado de aquella Poderosa Republica.

Los frutos de esta Quaresma fueron muy notables. Predicò (demàs de los Sermones de Dominicas, y Ferias) todos los Sabados en la tarde, la devocion de Maria Santissima, distribuyendo para tema de estos Sermones, segun el orden de los Sabados, todas las clausulas de la Salutation Angelica, ò del *Ave Maria*, como vulgarmente dezimos los Españoles. Quando tocò el Sermon sobre aquellas palabras: *Benedicta tu in mulieribus, Bendita tu eres entre todas las mugeres*; despues que con el fervor de sus tiernas, y eloquentissimas ponderaciones, tenia derretidos los corazones del auditorio en el amor à Maria Santissima, exclamò en la Peroracion, ò conclusion del Sermon, diciendo: *Bendita tu eres Señora entre todas las Mugeres: y benditas seràn tambien de tu amor todas las mugeres, que despues la vanidad, y profanidad mundana, siguieren el exemplo de tu honestidad, y pureza.* Estas palabras dixo con tanta fuerza de espíritu, y tanta virtud de lo alto, para penetrar los corazones, que todas

las

las mugeres arrojaban en tierra sus adornos; y despues de averlos pisado como à lazos del infierno, los llevaban, en quadrillas, à los pies del Beato Bernardino, para que los diese à las llamas; ò, convertidos en dinero, repartièsses su valor à los pobres.

En otro Sermon predicò tan poderosamente la falencia de la mundana felicidad; la inconstancia de las flores de sus esperanzas, la peligrosa apariencia de sus deleytes, y la afanosa posesion de sus riquezas: que veinte Mancebos de los Principales de Venecia, que asistian al Sermon, dieron de mano al mundo; y tomaron inmediatamente el Abito de nuestra Serafica Religion en diferentes Conventos: en los quales vivieron muy Religiosos.

No fue menos admirable el fruto, y suceso de otro Sermon; en que aviendo predicado la formidable incertidumbre del *Quando* de la muerte, persuadiò al auditorio, que todos los que tenían que disponer dependencias graves de hacienda (que no eran pocos) hiziesen luego sus testamentos; porque les anunciaba de parte de Dios, que la muerte de muchos de los que le oian vendria como ladrón de noche, sin permitirles tiempo para nada. Este aviso, que de vnos fue recibido precisamente como amenaza para el terror; y de otros, como luz de su espíritu Profetico: tuvo en todos igual verdad, porque en brevissimo tiempo murieron arrebatadamente; pero con efectos desiguales; porque los que creyeron profecía el aviso, hizieron luego al punto sus testamentos, y murieron consolados: y los que le presumieron solo amenaza, acabaron con el dolor de no aver admitido la prevencion del Varon de Dios, y de dexar enredados en mil quimeras à sus Herederos. Con estos, y otros sucesos, que llevaban la fama del Apof-

tolico Predicador à todas partes, fueron innumerables las gentes, que de las vezinas, y aun de las distantes poblaciones concurrían à Venecia, para oirle: por cuyo motivo tuvo que predicar en abierto campo desde el Domingo de Ramos hasta el de Casmodo.

De Venecia passò à Mantua, donde prosiguiò aquel año sus tareas Apostolicas, predicando insignes Sermones. Entre estos hizieron mucho ruido, para las aclamaciones de su espíritu, y eloquencia, dos oraciones funebres: vna, que dixo en las Honras de la Princesa Barbara, muger difunta del Marquès de Mantua, è hija del Elector de Brandemburgo: y otra, en la muerte de la Princesa Sor Angelica de Mantua, Religiosa Clarifa, è hija del referido Marquès. Tambien predicò aqui doctissimamente, y con iguales aclamaciones, en la Vigilia de la Ascension del Señor, la *Adoracion de vna Reliquia de la Sangre de Nuestro Salvador Jesus*, que en aquel mismo dia, dos años antes, se avia hallado en el Templo de San Pablo; aviendo estado escondida en èl muchos siglos. Oy se guarda tan precioso tesoro con suma reverencia en la Catedral de San Pedro de la misma Ciudad: debiendose en gran parte la veneracion, y culto que le dan los fieles, à la copiosa erudicion, y valentia de argumentos, con que entonces el Beato Bernardino estableciò la verdad de tan Sagrada Reliquia; contra las razones de algunos doctos, que la ponian en disputa. Predicò tambien con igual ternura, erudicion, y eloquencia el Myterio de la Purissima Concepcion de Maria Santissima; aunque no faltaron emulos (porque en tanto golpe de luzes no podian menos de herirse los ojos flacos) que le delataffen al Ordinario, como transgressor del Breve de Sixto IV. recien emanado, tocante à este

dul-

dulcísimo Mysterio. Pero de embarazado de la delacion, con tanta gloria fuya como desayre, y confusion de la parte opuesta, se convirtió à persuadir el Culto de la Concepcion Inmaculada de la Madre de Dios; y lo consiguió con tan pronto, y singular efecto, que por influxo, y direccion fuya se edificò junto à la Catedral de San Pedro vn hermoso Templo à honor, y con el nombre de la *Concepcion de la Virgen Maria*. Y porque fueron tantas, y tan notables las limosnas, que entonces ofrecieron los Mantuanos, para la construccion de este Templo, se llamó de *Santa Maria de los Votos*; titulo, en que hasta oy se conserva escrita la memoria de la devocion de nuestro Santo al Mysterio de la Inmaculada Concepcion.

## CAPITULO IX.

*PASSA EL BEATO BERNARDINO muy trabajosamente à Roma, donde predica con grande aceptación del Papa, y Cardenales; y buelue à su Patria, sembrando en las Ciudades de el transito la Divina palabra, con notables casos de su Espiritu Profetico.*

EL vniversal empeño, con que las mas de las Ciudades de Italia sollicitaban à competencia, y con recurso à la Silla Apostolica, lograr por Predicador de sus Quaresmas al Beato Bernardino, excitò, y aun encendió en el corazon del Sumo Pontifice Sixto IV. el deseo, de que predicasse en aquella Sagrada Curia: lo vno, por complacer à la devota curiosidad de muchos Eminentísimos Cardenales, que pretendian oírle; y lo otro, y mas principal, para que

por medio de tan Apostolica predicacion se diese la mas importante providencia al reforme de las costumbres de aquel gran teatro del mundo. Llamado, pues, à Roma por Breve Pontificio, para que predicasse la Quaresma del año de mil quatrocientos y ochenta y dos, en nuestro Convento de Ara-Celi: dispuso su viage por Ferrara; donde à instancias de la Ciudad ( porque tenia tiempo suficiente para el camino ) predicò algunos Sermones. En vno de ellos abominò los pecados de escandolo, con tan encendido fervor, y tanta correspondencia entre la fuerza del cuerpo, y la vehemencia del espíritu; que rompiò las ligaduras, de que usaba, para reparo de su habitual rotura: con cuyo accidente quedò casi imposibilitado de passar à Roma. Pero como à pesar de la naturaleza, le llevó siempre su espíritu, à donde la obediencia le llamaba; sacò fuerzas de flaqueza; y fin dar oídos à las instancias del Magistrado de Ferrara que le detenia, poniendo à esta resolucion el nombre de la temeridad; ni acobardarse por las montañas de nieve, que avia que romper, para seguir su derrota; y estrivando, con el cuerpo en solo vn baculo, y con el corazon en Dios: se puso en camino, acompañado de vn Lego llamado Fray Antonio de Ripario. Prosiguiendo sus jornadas con el trabajo del Siervo de Dios que se dexa discurrir, llegó yà à postarse en el la naturaleza tan del todo, que de ninguna manera podia moverse. Y como los cogiesse este accidente en vn camino desierto, y distante bastantemente de la mas cercana poblacion, affigióse en gran manera el Compañero; porque no avia mas recurso que sus ombros, para conducir al Santo. Este, que sobre su natural festivo, y alegre, lo estaba mas en semejantes tribulaciones; usando del chiste con notable discrecion, dixo al

Le:

*Lego: Hermano Fray Antonio, no ay en esta vida trabajo, que no tenga su consuelo. El no ser yo hombre de peso, siempre lo sabe por falta; mas en esta coyuntura à su Caridad le serà de conveniencia. Haga costilla; y pues ve, que no puedo dár passo, ni ay otro modo de aviarme, cargue con migos; que no le pesarà.* Hizolo así el Compañero: y acomodando sobre los ombros al Santo, con la mayor decencia que fue posible, le conduxo, sin la menor fatiga, à la poblacion inmediata; que ( como tengo dicho ) estaba bien distante. Reforzado en esta alguntanto el Siervo de Dios, profigió à pie sus jornadas hasta Roma; menos en los passos pantanosos, y de muy cubiertos de nieve; de todos los quales el Compañero, con la experiencia, y consuelo que yà tenia, de que el Santo no era pesado, le sacaba en ombros.

Llegado, en fin, à Roma, y tomada la bendicion al Papa; que le recibió con las mayores demostraciones de estimacion, y benevolencia: diò principio à sus Sermones en la Dominica de la Septuagesima, y los continuò por el discurso de la Quaresma todos los días, creciendo siempre mas, y mas el concurso, y fruto de los auditorios. No predicò Sermon, à que no asistiessen Cardenales, y otros illustres; y Reverendísimos Prelados de aquella Sagrada Curia; y el insigne Jurisconsulto Juan Francisco Pavino, que escribió de las virtudes, y Canonizacion del Serafico Doctor S. Buenaventura, no perdió Sermon alguno al Beato Bernardino, de quantos entonces predicò. El Cardenal Agriense, que à la primera vista le desprecio en su corazon ( segun que despues lo confesaba ingenuamente ) por la extremada pequenez del Siervo de Dios: luego que le oyò, quedò palmado; succediéndole mysticamente lo que al Gigante con David; pues al estallido

de su Predicacion Apostolica de tal fuerte se rindiò, que asistió à sus Sermones todos los dias, y no acababa de hazerse lenguas en sus alabanzas. Finalmente, aviendo predicado al Papa con aprobacion, y concluido su Quaresma; dexando à Roma llena de frutos; y de las aclamaciones de su virtud, eloquencia, y sabiduria: fue à tomar la bendicion del Supremo Padre, para despedirse. Entonces su Santidad, despues de averle dado singularísimas señales de su benevolencia, y estimacion, le dixo: *Sabed que estamos inclinados à concederos las gracias, que pidais, para remuneraros vuestros apreciables servicios en beneficio de las almas: y de la Iglesia: así, pues, pedid libremente, lo que mas os agrada.* Entonces el humilde Santo abatiendo su corazon à lo mas profundo de su miseria, y sonrojéado con la verguenza que la humildad le avia sacado al rostro, dixo: *Santísimo Padre, mi indignidad à ningun premio tiene justicia; ni yo necesito de otra gracia sino de que Dios, y vuestra Santidad perdonen mis muchas, y graves culpas.* Edificado; y enternecido el Pontifice con tan humilde, y desahuda respuesta; le instaba à que pidieste; y viendo que se mantenía en su indiferencia, le propuso que queria concederle facultad amplísimas, para que pudiesse absolver à los Fieles de todos los casos reservados à los Obispos. *To lo escucha ( bolvió à responder el Santo ) pero, si V. Santidad me lo permite, no acepto esta gracia, estando como estoy en dictamen, de que no conviene facilitar la absolucion de los Pecados en vnos; porque soffrenados muchas vezes los pecadores con la reservacion de la absolucion de las culpas à los Señores Obispos, no se arrojan à cometerlas; por lo menos, no lo executan con aquella libertad que lo suelen hazer, quando saben que tienen à la mano la absolucion. Pues mi gracia no ha de quedar desayrada* ( concluyó

61

el Papa) y así yo os mando que pidais alguna cosa. Entonces, rendido al mandato, y sin apartar los ojos de su indignidad, le pidió, que à sus Compañeros, y à él les concediese Indulgencia plenaria para sus pecados; y el logro de las Santas Efigies de Roma en qualquier parte del mundo, siempre que orassen por el feliz estado de la Iglesia. Concedida la suplica, le despidió el benigno Padre, con todas las expresiones de ternura, que cupieron en la decencia de su altísima, y Suprema Dignidad. Caso es este (à nuestro entender) de los mas dignos de ponderacion en la vida del Beato Bernardino: pues à no estar su virtud prevenida con grandes amarras, y lastre solidísimo de humildad, pudiera aver zozobrado, hinchados los linos de la vanidad con el poderoso viento de tanto favor.

De buelta de Roma, passando por el lugar de Campiàno, predicó en él, segun su costumbre, en abierto campo, por no haber en Templo, ni plaza la exorbitancia del auditorio. Y como allí cerca estuviesen celebrando sus bodas en publico, y poco honesto bayle con sus maridos dos mugercillas de mas defemboltura que su posicion; las quales en aquel mismo dia se avian casado: suplicólas el Santo, que dexado el bayle, siquiera por el buen axemplo, oyessen el Sermon. Mas viendo que con grosseria escandalosa proseguian en su alborozo, haciendo rifa de la amonestacion; les dixo con formidable tono: *Pues baylad, baylad; que no tardar à la muerte en cortar la hebra à vuestras bueltas.* No passaron muchas horas sin descubrirse la verdad del vaticinio; porque en aquella misma noche murieron ambas mugerzuelas, con escarmiento, y pavor de todo el Pueblo.

Despues de esto, prosiguió sus jornadas; y aviendo predicado de passo, y no sin fruto, en otros muchos

lugares del transito; se detuvo algunas en Florencia. Aquí repitió en el pulpito el vaticinio (que el tiempo declaró verdadero) de que los Florentinos, y los Ferrareses, que se avian conspirado contra Venecia, la rendirian presto las armas; y expresaba debaxo de estas palabras su Profecia: *Florencia, Aguilta altanera, que oy remontas tu buelo sobre Venecia, presto abatirás las alas, perdidas sus principales plumas.* Y así fue; porque en breve tiempo, tomadas por los Venecianos muchas fortalezas de Florentines, y Ferrareses, se debilitaron de fuerzas. Finalmente, aviendo gastado lo restante de este año en el viage; y predicado en Bologna, Regio, y Mantua: recibió orden aqui del Sumo Pontifice, para passar à Ferrara, à predicar la Quaresma del año siguiente; por vrgentísimas instancias del Excelentísimo Cardenal Francisco Gonzaga Legado à Latera de Sixto IV. y director de los Exercitos aliados de Florencia, y de Ferrara, contra Venecia.

Para obedecer en esta ocasion el Siervo de Dios al mandato Pontificio, se vió en conflicto notable: porque si se escusaba (como podia con razones vrgentísimas) dexaba mal contento al Cardenal, à quien la Familia de la Observancia necesitaba mucho. Y si se restaba à obedecer; à mas de arriesgar su vida, por ser él de los Dominios de Venecia, y tener los Venecianos sitiada actualmente à Ferrara: precisamente avia de hazerse sospechoso de infidencia à los suyos. De modo, que siendo subdito, ò vasallo de los Venecianos; si entraba en Ferrara en aquella razon, era inevitable el peligro con vnos, y con otros; sitiadores, y sitiados: con estos; porque podian juzgarle espia de trato doble; y con aquellos; por presumirle rebelde, ò infidente à su Republica. Pero en este

con-

conflicto venció la obediencia, anteponiendo la con heroyca resolución à la propia vida: y despues de varias trazas, è industrias, que se discurrieron, para atrabafar el campo de los Venecianos sin ser descubiertos, vino à entrar en Ferrara con evidente peligro de su muerte, ò su prision, antes de la Quaresma, del año de mil quatrocientos y ochenta y tres.

Con la turbulencia, y confusion de la Guerra, estabala Ciudad perdida en todas buenas costumbres: pero la eficacia de la Predicacion del Siervo de Dios fue tal, que al fin de la Quaresma (en que predicó todos los dias) se halló convertida la misma Ciudad, de campo inculto, y cubierto de las malezas, y horurras de los vicios, en jardin cultivado, y adornado de las flores de christianas costumbres. Predicó, pues, à rostro firme contra la escandalosa licencia, y defensado, con que los magnates, y poderosos trataban los adulterios; los Soldados, los hurtos, rapiñas, y otros crímenes dignos de silencio; los Cabos, y Gefes, la injusticia en la retencion de los sueldos à sus pobres Soldados, y en la violencia, para conseguir sus antojos, de todo genero de gentes. Mas como la voz de tanta libertad sonasse duramente en los oídos de los que estaban bien hallaos con sus desordenes, se dieron por my ofendidos algunos de estos; llegado à tanto su desvario escandaloso, que à no aver dado la Duquesa presidencia para impedirlo, le huviera muerto en el pulpito. Pudo, empero, mas la verdad que la obstinacia; y hecha, al fin, pedazos está à los continuados golpes de aquella, que por el Santo todo el campo; y los se antes arevidos maquinaban quitarle la vida, despues, rendidos à sus ps, y bañados en lagrimas, le pediamerdon de sus culpas. Llegado el vno Sermon excitó tan poderosamente

los corazones à penitencia que todo el auditorio levantaba las voces al Cielo pidiendo misericordia. Entonces, llorando tambien con el pueblo el Siervo de Dios, levantó el grito sobre el llanto de todos; y vaticinando, dixo: *O Ferraval porque de veras te pesa de aver pecado, Dios tambien muy de veras te perdona. Libre te vorás de este cerco, y te restituirás à tu felicidad primera: pero bolviendo presto al vomito, ay de tí! como me temo, que Dios ha de com- pensar la tardanza en castigarte, con la gravedad del castigo.*

#### CAPITULO X.

*ES ELECTO EL B. BERNARDINO en Provincial de su Provincia de S. Antonio: Desfierranle de los dominios de Venecia por obediente à la Silla Apostolica: prosigue su Predicacion con casos notables: y haze frente con libertad Evangelica al Duque de Mantua, donde establece vn pingüe Monte de Piedad.*

Era el B. Bernardino; considerada de vna parte la pequenez de su cuerpo, y de otra la extension, y virtud de su espíritu (si puedo explicarme así) vn Grano de Celestial Maná, que sabia à todo, y para todo. Llamale para el Pulpito, quando está en la Catedra: quando en el Pulpito, para el Confessionario: quando en el Confessionario, para la Prelaciay quando está en qualquiera de estas ocupaciones, le llaman tambien para todas juntas; porque la grandeza, y capacidad de su espíritu, à todo sabia, y podia dar expediente. Levantose el Sitio de Ferrara; y despedido el Santo de la Ciudad, no sin lagrimas univrsales, se encaminó à su Provincia de

Bb

S.

S. Antonio, en la qual celebrado Capitulo, ausente el Siervo de Dios, le hizieron su *Provincial*: y hablamos afsi, usando de este nombre, para acomodar nos al estilo que tenemos oy; pues ya dexamos prevenido, que los Provinciales de la Observancia en aquellos tiempos, no se llamaban sino *Vicarios Provinciales*. Llegado el B. Bernardino à Venecia, donde estava el Definitorio con los Padres de su Provincia; como siempre su humildad iba delante de su cara; la primera diligencia fue, pedir con instancias urgentissimas que le absolviesen del oficio; poniendo en la escusa muy à los ojos de todos todas las razones de su desprecio. Viendo, empero, que no se atendian; porque para no verlas (en su modo de entender) se tapaban los ojos: tratò de cerrar los suyos, y poner el ombro, con la obediencia, à la Cruz de tan pesado oficio. Para llegar con ella, sin caer, al monte de la justicia, despues de llamar à Dios en su auxilio, se aplicò todo à reconocer el estado de su Provincia, para aplicar à las necesidades que podia padecer, los mas oportunos remedios. Y fue así, que hallò bastante-mente en que exercitar la destreza de su zelo, prudencia, y sabiduria: porque aunque la Provincia era reformada, y en lo substancial se conservaba en ella el espíritu de nuestro Seráfico Instituto; todavia, como era cuerpo humano, no dexò de destemplarse con algunos accidentes, ocasionados de las libertades, que metieron las Guerras de Venecia aun en los Claustros. A estos males, pues, ocurrió el B. Bernardino con prudentissimas, y santas leyes; las quales no solo lograron con felicidad el efecto deseado; sino que prometieron en la esperanza de los subditos, quantas felicidades podia desearse en su Gobierno.

Pero como en el dia de esta vida

llena de miserias apenas rayà el con- suelo, quando se eclipsa con mil alteraciones de las que ocasiona la tierra: durò poco à la Provincia el gozo de tener al B. Bernardino por su Prelado; aviendo turbado esta dicha dos accidentes. Vno fue, aver enfermado tan de muerte, que los Medicos llegaron à abandonar la curacion, por aver perdido todas las esperanzas de su vida. El segundo, y mas sensible (por venir inmediato al gozo de estar ya el Santo, à beneficio del Cielo, fuera de peligro) fue vn decreto del Senado de Venecia, en que con el termino de pocas horas, y con la conminacion de graves penas, mandaba al B. Bernardino, que saliese de todos los dominios Venecianos.

Diò ocasion à este destierro la rendida, y puntual obediencia del Santo à la Silla Apostolica; à que se miraba obligado, no solo como hijo fiel de la Iglesia, sino tambien como miembro de la Religion Seráfica; cuya Regla nos intima en vno de sus Preceptos, esta puntual obediencia al Vicario de Jesu-Christo. Como los Venecianos, pues, no quisiesen obedecer vn Entredicho General, que el Sino Pontífice avia fulminado contra su rebeldia; ni permitian que le observasen las Religiones à titulo de que era injusto: el B. Bernardino no solo hizo con intrepida fortaleza que le observasse toda su Provincia sino que, à mas de esso, predicò e Venecia, abominando abiertamente la escandalosa rebeldia de la Republica. Pero como ya los corazones caban en esta ocasion hechos piedra por la obstinacion, no produjo egrano del zelo Sembrador mas de su destierro; aviendo sido milagro que los Venecianos, exasperados con la publica reprehension de su contumacia, no le huviesen quitado la vida.

Exterminado de los dominios de Venecia

Venecia, parò en Mantua: y como se llevaba tras si la obligacion del Ocio, y el amor à los Subditos, cuidò desde alli de dar las mas oportunas providencias, para fortalecerlos, y mantenerlos en la obediencia del Entredicho Apostolico, contra los Decretos de la Republica Veneciana: De este encono no dexaron de resultar graves perfecciones à los pobres Religiosos; las quales todas hazian eco, y herian muy de lleno en el corazon del Santo Prelado; con tan grande exercicio de su caridad, y paciencia, que pocos dias despues de su destierro, à vista de lo que padecian sus Subditos, bolvió à enfermarse de muerte. Con la ocasion de esta enfermedad, y la de su ausencia, instò al Vicario General, que le absolviese del Provincialato: pero el Vicario, pareciendole que nunca mas que en las presentes circunstancias necesitaba la Provincia de Prelado igualmente zeloso, y discreto, como lo era el Siervo de Dios, por los difíciles, y arduos lances en que suelen poner à los Religiosos la turbulencia, y confusion de las Guerras: no quiso dár oidos à la renuncia: y le consolò, poniendo por Substituto suyo, con nombre, y autoridad de Comisario de Provincia, à Fr. Bartolomè Loretano, Varon de gran confianza, entre tanto que las cosas de la Republica tomaban otro temperamento.

En esto llegóse el tiempo del Capitulo General de la Observancia que se celebrò en Afsis, el año de mil quatrocientos y ochenta y quatro: al qual el B. Bernardino, convalecido ya de su enfermedad, asistió, como vno de los Vocales, por Prelado Provincial; y predicò al Capitulo, el primer dia de la Pasqua del Espíritu Santo. En este Sermon perorò tan encendido en Divino fuego, y tan del Mysterio, y de la ocasion, que no parecia sino que

Parte VII.

hablaba en el vna de aquellas lenguas, que descendieron del Cielo sobre los Apostoles, el dia mismo de Pentecostes. Demodo que todo el tiempo que durò el Sermon, tuvo à los Padres Capitulares suspensos en vn asombro reverente, que luego que baxò del pulpito, se declaró en abiertas veneraciones de su santidad; porque sin poderle contener, todos à porfia le tocaban con reverencia el Abito: y aun algunos se arrojaron al suelo à besar la tierra que pisaba. Demostracion digna, por cierto, de ponderarse mucho, por subit con ella muy de punto la opinion de la santidad de este Varon de Dios. Mas en este conflicto de aplausos estuvo tan apretada su humildad, que llegó à tráfudar congojas: y para respirar en algo, se despidió al siguiente dia, hablando eloquentissimamente en su desprecio à todo el Capitulo, con el motivo de otra fervorosa renuncia, que hizo, de su Provincialato. Pero como à los que hablan con verdadero corazon en su desprecio, les producen contrarios efectos sus persuasiones; sucedió que en vez de admitirle la renuncia, le continuaron en la Prelacia; ordenando el Vicario General que residiese en Mantua, y que desde alli gobernasse por letras, en la mejor forma, que segun el estado de las cosas, le fuese posible.

Con este desconsuelo de su humildad (aunque templado en parte en la seguridad, y gozo de la obediencia) bolvió à Mantua; en cuyo Teatro tuvo presto que representar muy al vivo otro caso de la fortaleza de Varon Apostolico. Como el zelo del B. Bernardino era llama, que no podia descansar sino moviendose impetuosamente à lo alto, con el ansia de llevar sobre las mismas alas del zelo muchas, y aun todas las almas à Dios: comenzó sus Sermones en aquella Ciudad

Bb 2

dad

*Ades enim  
dost. & pio  
d'ferre  
v. f. g. g. g. g.  
descendit  
vestem re-  
verent. ad  
rigitur;  
alij sicut  
in vestigiis  
humu quam  
calaverat  
venerabile  
sint ofen-  
lati. Vva-  
ding. tom.  
7. ad an.  
1484. n. 42*

dad, luego que bolvió del Capitulo; y los continuó casi todos los dias, asistiendo en inmenso concurso no solo de Mantua, sino de las poblaciones comarcanas, de hasta diez y doce lenguas distantes; y con mas especialidad, en los dias festivos. Asistia tambien el Duque con singular devoción, hasta que por instigación del Demonio (y quizá no sin la de los aduladores, que á falta de diablos, suplen á satisfacion sus vezes) se persuadió, á que avia sido contra él quanto el Siervo de Dios predicó el Domingo de Ramos contra la ostentación, fausto, sobervia, libertades, y otros desordenes de los Príncipes, y Cavallos; en oposición al exemplo que les avia dado en su humilde Triunfo, el Soberano Rey de los Reyes, y Supremo Señor del mundo sobre el Texto Sagrado. *Ecco Rex tuus venit tibi mansuetus.*

Es cierto que reprehendió el Santo con vehemētísimo espíritu, motivado del humilde Triunfo de nuestro Salvador; las culpas que mas suelen predominar en los Príncipes; es á saber: *Que visaban, d abusaban de las leyes al arbitrio de su antojo, sin la menor consulta de la razon: Que á las causas de los huérfanos y viudas cerraban los oídos de la justicia; y á los pobres, las entrañas de la misericordia: que ni atendian al castigo de los hurtos, y otros desafueros de los Soldados, ni al reparo de la inmunidad eclesiastica, violada por sus Ministros; de quienes no pocas vezes se veían hajados los Sacerdotes. Que permitian el comercio, y usuras de los Judios con los Christianos, con manifesto peligro de subversion, y notorio daño de las haciendas. Que amonestados, rogados, y aun reprehendidos de tales; y tantos desordenes, no solo no se daban por entendidos; sino que antes se daban por injuriados del aviso; con lo qual despreciaban la corrección, robustecian sus vicios, y no sentian la ristra, que les quedaba, de*

*las pesadas consecuencias de su escandalosa vida, y por administración de justicia.* Demás de esto el Siervo de Dios, para conmover mas á la compuncion, y á la enmienda (segun el consejo Evangelico) quitándose las sandalias (que las usaba, quando no hacia viages) sacudió el polvo de ellas sobre el auditorio; é inmediatamente, sin darle la bendición acostumbrada, se baxó del pulpito, y huyó al Convento.

El ardor, y vehemencia de esta notable demostración conmovió imponderablemente al auditorio; con bien encontrados afectos, segun la calidad de las personas. Los pobres, y plebeyos levantaban hasta el Cielo las aclamaciones de la santidad, y zelo de su Predicador. Por el contrario: el Duque (á quien apoyaban sus Ministros; vnos porque en la realidad sentian lo mismo que él; y otros, por hazer que lo sentian) glossando la libertad Apotolica del zelo á precipitado arroyo de la imprudencia, en desdoro, é infamia suya, y á malevolas sugestiones de la plebe: bramaba de corage; y no sin señas de algun escandaloso rompimiento se salió de la Iglesia. Entrado en su Palacio acompañado del Magistrado, Ministros, y otras personas de distincion, comenzó á desfogar en injurias, y amenazas contra el Predicador Santo; que avivadas de la impiedad en vnos, y de la lisonja en otros, vinieron á romper en dar orden á los Ministros, para que á todo arresto, sacassen de su Convento al Siervo de Dios, y se le traxessen á su presencia con fin, y resolución de que, si en ella no le daba satisfacion de la existida injuria, la tomaria de su mano por los medios mas violentos.

En el Convento, con la atrevida, é irreverente entrada de los Ministros, para llevarse consigo al Predicador Santo, todo era confu-

fusion, y desconfuelo, sin saber que hazerle. Pero el Beato Bernardino muy en sí (porque siempre estaba muy en Dios) aviendo sossegado la turbación de los Religiosos, y dádoles esperanzas del buen éxito; con discrecion igualmente santa, y sagaz, dixo á los Ministros: que él necesitaba visitar al Duque, para tratar á boca con su Excelencia, vn negocio de importancia; y que en esta suposición, estímaria mucho le hiziesen la honra de acompañarle hasta Palacio. Defarmado con esto el orgullo, y no sin propio desayre de los mismos Ministros, huvieron de acompañar con honra, al que pensaron llevar con ignominia. Entrado en Palacio con la turba; á vista de toda ella, y del Magistrado, que aun se mantenía allí, saludó al Duque con vn genero de despejo, que sin descomponer la modestia, ni la humildad, daba bien á entender el predominio, que tienen la virtud, y la justicia, sobre la sinrazon, y la violencia; aun quando estas se hallan en los mas Poderosos, y aquellas en los mas humildes. Y sin embargo de que aquel Príncipe, á la primera vista, recibió al B. Bernardino con notable conmoción de la ira, y amenazándole mil muertes con el semblante: luego que el Santo le comenzó á saludar, se ocupó todo de vn respetoso temor, que le embargó la lengua. Con esto el zeloso Obrero de Dios, sin trabarse la fuya, y como quien hablaba con potestad, y en nombre de Dios, le dixo: Señor, pues ya estamos en el campo para el duelo, á que V. Excelencia me convoca; justo será, que entremos en él con armas iguales. Y puesta que á mi, por ser el retado, me toca la elección de ellas; aparte V. Excelencia á vn lado las armas del poder, y á otro las de la pasión; y quedando solo con las de la verdad, vamos á razones. Señor, los Príncipes de este mundo, por ventura nacieron, d son impecables? Y si pecan, no son reprehensibles? Y si son reprehens-

Parte VII.

*bles, puede saltar en la Iglesia Catholica providencia de Ministros, Cooperadores de Dios, que los reprehendan? Y si estos lo hiziesen con aquellas circunstancias, y medida, que pide su Ministerio Apostolico, saltarían por esso al respeto, d harían injuria á los mismos Príncipes? Es acaso, reverencia aquel silencio lisonjero, que les dexa estar en la culpa? Despues que con estas Retencencias los tuvo á todos suspensos, profugió templando vn poco la voz, y dixo: Ahora, de estas Maximas, y preguntas generales, que no tienen respuestas descendiendo á las particulares de nuestro duelo. Digame V. Excelencia (d haga que me lo digan) si yo enderecé en particular mi corrección á su alta, y respetosa Persona? Díganme, se expresó su nombre; d si de tal manera mi indiscrecion imprudente coordinó las circunstancias de la Inveectiva, que pudieran hazerle distinguir entre los demás Príncipes de la Italia, d de la Iglesia? A este convencimiento, Señor: no se puede responder cosa, que no sea, d concederme la razon, d atropellarme la verdad. Ten conclusion: si V. Excelencia no se hallasse comprehendido en alguno de los vicios que reprehendí, consuelose con el testimonio de su conciencia, y sirvase del aviso, como de preservativo: pero si se hallasse culpado, suplicole rendidamente, que con tan injusta queixa no dè mas cuerpo á su culpa; y reciba la corrección, como auxilio para la enmienda. Buéto ya en sí el Duque con reconvenções tan eficaces, y trocada la ira en manfendumbre: respondió. No me acusa mi conciencia, de saltar en algo á mi obligación. No, señor? (replicó el Santo con vn modesto sonriso, y mirando á los circunstantes) Pues, y como están estas calles, y plazas llenas de las exclamaciones de los oprimidos? De la viuda, que no se le haze justicia, d se le quita, aunque la tenga? Del pobre, que no se le permite llamar á las puertas de vuestra misericordia? Del Soldado benemerito, que por desvalido, sino se le desprecian los servicios, á lo menos, no se le atienden? Del Sacerdote*

Bb 3

atro

atropellado, que no se le defiende su sagrado, ni su decoro? Los gritos de todos estos, señor, no hacen ruido en vuestra conciencia? No, (respondió el Duque) porque no llegan à mis oídos; de modo, que se es verdad quanto dizes, de todo estoy ignorante. Pues debierais no estarlo, señor, (continuó el B. Bernardino) porque quando la verdad no viniere à buscaros (que ella viniere, sino la cortara el passo la adulacion) debierais salir à buscarla en el zelo, y desinterés de los Varones Apostolicos. Qué importa, que vuestra intencion, y aun nuestro natural, tenga para todos abiertas las entrañas de la misericordia, y las puertas de la justicia, si la lisonja, y la ambicion de los que os sirven, las ponen muro, y ante mural, para que no entren à vuestra presencia los gemidos de los pobres, ni las miserias de los desvalidos? Esta es, señor, la desgracia de los Principes; estar cercados, por la mayor parte de aduladores, y ambiciosos que les aparten de la cara los desengaños. Ignoran los Principes las verdades; ò porque no tienen oídos de oír; ò porque (y es lo mas comun) no ay lengua de desengañar. A sus orejas las lisonjas llegan presto; las quejas tarde; la verdad nunca. Esto, señor, os dize mi amor, y mi respeto con el zelo de vuestra salvacion; y en presencia de estos vuestros Ministros, porque nadie mas que su experiencia sabe la verdad de mis palabras, y la razon que me assiste. para prevenirlo con esta lisonja. Lo que hablo aora lo digo en particular à V. Excelencia: Lo que prediqué en el Pulpito generalmente, no lo dixe mas por V. Excelencia, que por otros Principes, y por todos vuestros Ministros. Al oír ellos estas vltimas palabras iban à responder de tropel, y con toda la conmocion del animo en el semblante: pero atajandolos el Duque dixo: Cesad; que este hombre es embiado de Dios; y en amonestarnos, y desengañarnos así, executa con fidelidad aquello à que Dios le embia: y entendad, que el mejor modo de satisfacerme vosotros, ser à aplicar cada vno al desempeño de su obli-

*Hæc est Principum in-felicitas, ut Misericordiam Querimus. — nias vltimas audiant; affectionationem primis; veritatem nunquam.*

gacion. Despues, convertido al Santo, tomándole la mano en señal de amistad, y benevolencia, le dixo: Padre Bernardino, yo quiera ser su amigo perpetuamente, y que este duelo acabe en paz, llevándose la victoria. Predique à salvo conduelo la verdad en qualquiera parte de mis Dominios: y perdone por Dios el arrebatado de mi pasion; que el presumir la ofensa publica de mi respeto, con su reprehension en presencia de la plebe, es cierto, me sacó de mí! Con esto, ratificadas de vna, y otra parte las reciprocas señales de benevolencia; al despedirse del Duque, le dixo el Santo: En fin, señor, yo estoy cierto, que vendrá tiempo en que suspirando, y gimiendo direis: O! Bernardino, y que bien me prevenias! O quien huviera executado à la letra tus amonestaciones! Con esto se salió: y el Duque no tardó en ver por sus ojos la verdad del Vaticinio: porque aviendo muerto al año siguiente; quando estaba ya para morir, llorando las omisiones, è injusticias de su Gobierno prorumpió en estas palabras: O! Bernardino mio, quan sin aduacion me dezias, lo que si yo huviera executado, no muriera aora con este desconuelo. El caso es, ciertamente de nerviosa doctrina para todos los Soberanos; y aù por esso le escriben con la extension misma que nosotros, los dos Graves Historiadores de nuestra Religion Cimarelo, y Wadingo.

El fruto de èl se cogió à manos llenas en la misma Ciudad de Mintua, no sin mucho consuelo de todos los desvalidos; porque à más del vniversal reforme de las costumbres, y de aver tomado otro semblante la administracion de la justicia, se fundó vn Monte pingüissimo de Piedad, para cuya ereccion contribuyeron con gruesos caudales, à persuasiones del Santo, los Poderosos; y los Christianos pobres quedaron libres de la tyrana exacción, con que los Judios cobraban las vsuras.

CA-

## CAPITULO XI.

EXEMPLOS HEROYCOS DE la Misericordia del Beato Bernardino: impetra la Renuncia del Provincialato: y prosigue su Predicacion por varias Ciudades de Italia con estupendos casos, y exorbitantes Frutos.

Como el Sol no puede continuar su curso, sin ir comunicando rayos, luzes, calor, y benignas influencias à todo quanto logra la dicha de su viftacion: así el Beato Bernardino, como nuevo Sol de la Italia, parece que no podia caminar de vnas Ciudades à otras, sin dexar en cada passo estampado vn beneficio. Salió de Mantua para la Mirandula con fin de hazer Misiones en ella; y en el camino à las primeras jornadas halló caido en el suelo à vn pobre muchacho, tan en los vmbrales de la muerte, por falta de alimento, que ya no solo no tenia aliento para comer cosa alguna, pero ni aun para articular palabras. Hijo (le dixo el Santo penetrado de compasion) que hazes aqui, que te estás muriendo en vn total desamparo? Padre (le respondió el muchacho con palabras, que el oído aun bien aplicada, y trabajaba para percibir las) me he echado à morir; porque despues de siete meses que he andado por estos campos, fugitivo de las Guerras, sustentandome de solas hiervas, y raizes; ya me he reducido à ta flaqueza, que ni aun esso puedo comer. Mis Padres, que son vnos pobres viejos, tambien, si ya no han muerto por la misma causa, estarán para morir en vna de estas cabañas, que encontrareis à poca distancia de aqui. Oído caso tan lamen-

table, dixo el Santo à su Compañero: dexad à este pobreco vn pedacito de pan, de esso que nos adquirió la mendicacion en el lugar vezino: y referivad lo demás para los pobres ancianos; que aunque nosotros vamos ayunos, y con necesidad de alimento, la de estos pobres tiene primer derecho à nuestra limosna. Dió, pues, el pan al muchacho; y despues, à los viejos moribundos (que su misericordia no podia menos de buscarlos para focorrerlos) y para todos fue aquel focorro verdaderamente pan de vida; porque los restituyó à ella, aviendo visto los miserables en los fauces de la muerte. Por esta ocasion el Siervo de Dios, y su Compañero caminaron todo el dia en ayunas, à causa de no llevar mas viatico para su jornada, que aquel poco de pan que repartieron; y de no aver podido llegar à la mas cercana poblacion hasta muy caída la tarde: Todos son milagros de misericordia; este ayuno del Santo, y la vida de aquellos moribundos: solo está la diferencia, en que lo primero fe hizo por virtud del milagro; y lo segundo, por milagro de la virtud.

Despues de esto, como supiesse el Siervo de Dios que Venecianos, y Florentinos ya avian celebrado paces; partiò en busca de Roberto Severino General de las Armas de Venecia; y aviendole hallado, le suplicó rendidamente negociasse del Senado licencia; para que todos los Frayles de su Provincia, que se hallaban desterrados de ella, por la observancia del Entredicho Pontificio, bolviessen à sus Conventos. Porque si esta observancia (dixo) ha sido culpa, es culpa mia, no de ellos: y así levanteles el destierro, recargando en mí las penas de todos, pues soy unicamente el culpado. Dióle palabra el General de negociarlo así; y con efecto lo consiguió; aviendo la Republica expedido Decreto, para que todos los Frayles

Cimarella. p. 4. Chron. tom. 3. lib. 3. cap. 57. Vvading. r. 7. Annal. ad an. 1484. n. 51. & 52.



desterrados de la Provincia de San Antonio pudiesen restituirse à ella, menos su Provincial, que lo era el Siervo de Dios.

Alegre con esta pena, que padecia heroicamente por la justicia, por la obediencia, por la Religion, y la caridad: bolvió à reiterar la Renuncia del Provincialato; la que finalmente le admitió el Vicario General, por parecerle no ser ya necesario el gobierno del Santo, respecto de aver cessado las Guerras; y que le pedian para su Predicador muchas Ciudades.

Viendose ya libre el Varon de Dios del cuidado, y peso de la Prelacia, dió todas las velas al espíritu de la Predicacion; y gastó en ella todo el año de mil quatrocientos y ochenta y cinco predicando Apostolicamente en las Ciudades de Perofa, Urbino, Foffembruno, Afsis, Híspelo, Forlívio, Bolonia, y Parma. Dezir individualmente los frutos, que en cada vna de estas Ciudades hizo; los notables casos que le sucedieron; los aplausos, y honores que desfrutó de los Principes, y Pueblos, fuera materia larguísima: por lo qual de todo diremos en sumario solamente aquello, que nos parece mas conveniente à la vtilidad del proximo.

En Perofa dexó reconciliadas en amigable paz las dos famosas Familias, y escandalosas facciones, ó parcialidades de *Odescos*, y *Balinos*; que por el espacio de tres años se avian negado al uso de los Santos Sacramentos, por no soltar las armas de las manos, à fin de tomar venganza vnos de otros con rompimientos sangrientos. Despues de averlas reconciliado las reduxo à que publicamente frequentassen los Sacramentos de Penitencia, y Eucharistia; con tanto exemplo de la Ciudad, como avia sido antes el escandalo. Vltimamente reformó los trages de las mugeres, haziendo que el Sena-

do impudiesse multa, y el Señor Obispo mandasse prohibir la abfolucion, à todas las que no llevassen cubiertos los pechos hasta la garganta.

En Urbino, y Foffembruno desterró muchas supersticiones, que avian tomado notable cuerpo, apoyadas de algunos Astrologos: con todos los quales disputó publica, y nerviosamente, hasta convencerles el entendimiento, y convertirles la voluntad. Entre estos triunfos del Beato Bernardino fue muy celebrado el que cõsiguió del Maestro Paulo Teutonico, por ser hombre de grande autoridad, y sabiduria; pero tan apasionado por las predicciones Astrologicas, que se atrevia à afirmar (con arrojo tan temerario como ridiculo) ser las estrellas clarísimos espejos, en que la perspicacia del buen Astrologo podia divisar con certza los futuros libros.

En Perofa (à donde bolvió à predicar este mismo año segunda vez por Decreto Pontificio) desterró ciertos bayles deshonestos, y los publicos espectaculos escandalosos; los que ninguno se atrevió à suscitar, desde que el Santo en los primeros Sermones los condenó. Pero llegando vn día muy festivo, de los que ocurrieron durante esta Mílsion, que fue cerca de tres meses; se acercaron al Santo dos nobles Mancebos de la Familia de los Balinos, y le pidieron licencia, para que por aquel día tan festivo se pudiesse executar el bayle, que avia exterminado. *Quien soy yo* (los respondió con igual discrecion que humildad) *sino vn pobre Frayle, para que vosotros en vuestras diversiones necesiteis mi licencia? Pero mirad, que tambien se me ocurre: quien será aquel tan grande, que tenga libertad; y salvoconducto, para pecar contra Dios? Guardaos, pues, no suceda, que antes de vn año sea vuestro bayle la fabula del Pueblo.* Con esto los dexó;

y

y el menor de ellos Balduino, diciendo al otro hermano, con desprecio del Siervo de Dios, *quien nos mete à nosotros con esse Frayle zuelo?* Fue de poder absoluto, y aviendo juntado vna cuadrilla de mozelas, armaron en vna plaza el bayle; à que asistieron pocos, por reverencia del Santo. Pero apenas comenzaron los primeros lazos (que lo eran tambien de muerte) quando de repente se cubrió el Cielo de pavorosas nuves, que à truenos, y relampagos amenazaban la ruina de la Ciudad. Y porque no dudassen, que esta demostracion del Cielo iba ordenada al castigo de la temeridad escandalosa del Joven, dispararon las nuves vn rayo, à cuyo impulso cayó gran parte de la torre de vna Iglesia, que estaba inmediata à la plaza, donde se celebraba el escandaloso farò. Con esto se levantaron todos llenos de pavor; menos el Joven Balduino, que desestimando este formidable aviso, con que le hazia señas la Divina Misericordia, para que huera del furor de la justicia, acogiendo al Sagrado de la penitencia; perseveró en sus escandalosas locuras. Pero no pasó el año vaticinado del Santo, sin que fuese el referido bayle la fabula del Pueblo; pues antes de cumplirse, quitaron la vida al infeliz Joven en Napoles con tantas cuchilladas, que le hizieron pedazos.

En Afsis instituyó vn Monte de Piedad, con que desterró las vsuras de los Judios, y la familiaridad de los Christianos con ellos. En Híspelo predicó con tanta aceptación de Guido Baliono señor del Lugar, y Capitan del Partido, ò Faccion de los *Balinos*, à quienes reduxo à concordia el Beato Bernardino: que el mismo señor por si solo sacó de la Iglesia en ombros el pulpito portatil, para acomodarle en la abierta plaza, à fin de que en ella predicasse el Santo, por no caber

en el Templo el desmedido concurso. En Mantua defendió de los impugnadores, con igual zelo que erudicion, el Monte de Piedad, que avia establecido el año antes; y asseguró con mas firmeza el exterminio de las vsuras.

En Parma, persuadió con tal eficacia la obligacion de restituir los bienes agenos, retenidos injustamente contra la voluntad del dueño; que demás de averse hecho gruesísimas, y no esperadas restitutiones; huvo algunos, que por aver aumentado exorbitantemente los caudales con tratos injustos, y hecho carne, y sangre las haciendas de otros: se deshizieron de todo, quedandose pobres de solemnidad, y à pedir de puerta en puerta, por executar exactísimamente la restitucion, y exonerar sus conciencias de tan gravísimas cargas. Aqui tambien reformó los Conventos de Monjas de San Alexo, San Quintin, y Santa Catalina; que à descuidos, y floxedad de la naturaleza, avian llegado à hazer ley, y costumbre la vida relaxada.

Estando en esta Ciudad de Parma recibió vn Breve Pontificio, para pasar à predicar la Quaresma del año siguiente à Bolonia: lo que sabido del Duque de Milan, en cuyo dominio estaba Parma entonces: rogó al Santo se detuviese, interin que el suplicaba à su Santidad, revocasse el Breve, y determinasse dexarle en Parma, que le tenía en possession, à fin de predicar la misma Quaresma: y juntamente dió orden al Governador, para que dispusiese en las puertas que no le dexassen salir. Por no desagradar al Duque, se detuvo el Santo aquellos dias que le parecieron bastantes, para que llegasse la determinacion del Papa en respuesta de la instancia: mas viendo que no acababa de llegar; con santa sagacidad, y disimulo sacó licencia, para quedarse vna noche en el Convento

de

*Anno annū  
explerū Ado  
lescentior  
Neapoli mi  
sera truci-  
datus est:  
triquidrem,  
iuxta viri  
Dei Vari-  
cium, revo-  
catum ad  
memoriam,  
transiit in  
miseram fe-  
bellam.  
Vvading.  
r. 7. Annal.  
adan. 1485  
n. 11.*